

2013

## Sálvese quien pueda: *Jezabel*, de Eduardo Sánchez Rugeles

Carlos Pacheco

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Pacheco, Carlos (April 2013) "Sálvese quien pueda: *Jezabel*, de Eduardo Sánchez Rugeles," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/12>

This Estudios y Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**SÁLVESE QUIEN PUEDA:  
JEZABEL, DE EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES**

**Carlos Pacheco**  
Universidad Simón Bolívar

#Jezabel: una ficción inmisericorde de la Venezuela donde nos tocó sufrir. Sálvese quien pueda.

#Jezabel: novela no apta para mayores de 30 años, a menos que estén acompañados por chamos despiadados.

CSI/Petare: #Jezabel es un POLlcial POLÍtico con todos los hierros del género q deja en pelotas la degradación polarizada q nos agobia.

En todos sus libros, @sanchezrugeles ha sido 1 atrevido, 1 provocador, 1 iconoclasta, pero en #Jezabel se pasó. Amigo lector, ¡no olvides q es ficción!

Si aún existiera la Santa Inquisición, habría prohibido #Jezabel antes de publicarse y habría pre-excomulgado a sus potenciales lectores.

El ritmo sincopado d la escritura d #Jezabel es deudor del trino tuitero. Una novela corta, contada a tuitazo limpio.

Por su inverosímil actualidad y su equitativo desparpajo crítico #Jezabel recibirá leña de ambos bandos y de los demás también.

Sin ignorar dignos antecesores en obras d Francisco Rivera, @Borisizaguirre o @giselakozak, #Jezabel desnuda en 1ª persona a un memorable protagonista gay.

Nadie me pagará x decirlo, pero #Jezabel es 1 guión literario notable. La cinta sería premiada como denuncia d corrosiva iconoclasia y montaje vertiginoso.

Comienzo esta nota crítica en clave de trino, contaminado aún por el estilo de *Jezebel*, novela corta de Eduardo Sánchez Rugeles que sale estos días del horno editorial de Ediciones B Venezuela, justo a tiempo para participar en el jolgorio bibliográfico del V Festival de la Lectura de Altamira. Sin duda será uno de sus *trending topics*.

“Un pesimista militante”, reza el escueto perfil de @sanchezrugeles como tuitero. Por algo habrá tomado, de su irreverente compinche literario Willy Mckey, esa caracterización. Creo que la razón tiene que ver con esa muy peculiar mirada, perspectiva, posición, postura ¿pose? *generacional* que marca toda su obra. El prólogo de Luis Yslas a *Los desterrados* (Caracas, Edición B Venezuela, 2011), las provocadoras crónicas de Sánchez Rugeles, explica demasiado bien esa perspectiva de profesional desencanto y perpetuo retorno a la experiencia adolecente para que nos pongamos a repetirlo aquí. Pareciera que Francisco Massiani los inspira y ellos se juntan.

Desde que impactó al jurado del *I Premio Iberoamericano de Literatura Arturo Uslar Pietri* en 2009 con *Blue Label* (Los Libros de El Nacional, 2010), su *opera prima*, toda la narrativa de ESR ha estado signada por la memoria atormentada, extraña mezcla de nostalgia y abjuración de ese rito de pasaje que es la adolescencia. En sus siguientes y no menos exitosas novelas (*Transilvania unplugged* [Alfaguara, 2011] y sobre todo *Liubliana* [Ediciones B, 2012]), esta marca subsiste, para volver a emerger, con aún mayor plenitud, en *Jezebel*. Son relatos de crecimiento, aprendizaje y descubrimiento del mundo; eso que con precisión alemana suele llamarse *Bildungsroman*.

Esta secuencia narrativa, nada despreciable para los 35 años que calza su autor, se ha caracterizado por vehicular, desde la voz de sus jóvenes protagonistas, una crítica bastante ácida y extrema del *establishment* en todas sus facetas políticas, sociales, religiosas y culturales. Con sus actos y sus discursos, estos temibles chamos que son a menudo sus personajes realizan una exhaustiva deconstrucción del *sistema* que no deja títere con cabeza. Y lo hacen con una osadía, desparpajo y vehemencia, dignas de Roberto Bolaño o Fernando Vallejo. Tras esa arremetida, los mitos fundacionales y hoy día también los resurreccionales de la Gloriosa Patria quedan tan (de)molidos como las propuestas educativas, las prédicas humanitarias, éticas o filantrópicas, las creencias y prácticas religiosas tradicionales o *New Age*, las ideologías y proyectos políticos de cualquier signo. Ya lo dice el perfil: un pesimismo militante, cero ilusiones. *Jezebel* toma este estandarte y huye con él hacia delante.

*Jezebel* se inscribe claramente en el género noveleta o novela corta no solo (obvio) por su exigua dimensión, sino también por la complejidad de su entramado accional y su consecuente estructura temporal, por su notoria intensidad y por la vertiginosa velocidad --modelo montaña rusa--, con la que el lector se ve enfrentado a la fabula, sus varios y entrelazados conflictos y su desenlace. Me recordó *Luna caliente*, de Mempo Giardinelli. Como género intermedio entre el cuento y la novela plena, la noveleta podría considerarse

más exigente que sus parientes ficcionales y con *Jezabel* Sánchez Rugeles sale airoso de ese compromiso, para confirmar así su *seniority* como autor de ficción, su solvencia como narrador profesional de pantalones largos.

Es importante aclarar que la escritura de *Jezabel* fue propulsada por una convocatoria editorial. Ediciones B Venezuela invitó a una decena de narradores a escribir una noveleta en clave de novela negra en cuyo inevitable crimen (llamativa condición sine qua non) la víctima, la asesina o la investigadora debía ser una mujer. De esta manera y con este original sesgo feminista, la editorial procedía a crear una nueva colección editorial, cuya coordinación puso en manos de la conocida dramaturga y narradora Mónica Montañés.

En *Jezabel*, el eje de esa trama se ancla firmemente en Alain Barral. Es a su constante actuación como protagonista narrador en primera persona que el lector puede aferrarse para no perder el rumbo. Desde la secundaria está a la vista la condición gay que ante todo lo caracteriza. Es definitivamente un antihéroe posmo, no solo desmedido en su conducta y reiterativo en su fracaso, sino también escéptico y misántropo extremo, cultivador de la tristeza y de la soledad, acosado por el aburrimiento y una existencia despojada de sentido. Su relación íntima y promiscua con sus compañeras Eliana, Lorena y Cacá motiva el remoque de “el mariquito amigo de las putas” con el que otros compañeros lo califican.

Este *ménage-à-quatre* es extremo en sus prácticas orgiásticas químicamente potenciadas. Es también un cuarteto sumamente conflictivo y temible. Más allá de sus sesiones todos-contra-todos, las relaciones afectivas particulares entre ellos alternan, haciendo aflorar, naturalmente, envidias, competencias y (re)celos. La curiosa pandillita deviene así protagonista de segundo grado en la novela. Desde las aulas del colegio, practica peligrosos juegos de simulación que pronto pasan a mayores, con consecuencias extremas para la reputación, la estabilidad laboral y conyugal, el equilibrio emocional y en última instancia la vida misma de algunos de sus profesores y de la supervisora de un campamento vacacional donde esas cuatro joyitas llegan a fungir nada menos que de instructores-recreadores de niños y adolescentes.

La escalada de sus ingeniosas y agresivas trampas, programadas para “destruirle la vida” a quien les parece que lleva una lamentable existencia (“¡Mira-qué-triste!” se vuelve un mantra para ellos) conecta la dinámica íntima, doméstica, del peligroso cuarteto con la vida pública. El supuesto asesinato de uno de ellos, su atribución a un exprofesor y presunto acosador, y el terrible destino que espera en la cárcel a este último, conforman el núcleo accional que convierte la noveleta no solo en un policial negro engalanado con todos los usuales atributos del género, sino también en un policial político porque estos hechos terribles y varios otros como una masacre de estudiantes de la Universidad Metropolitana a manos de la policía, ocurren en la conflictiva Venezuela de 2012 y el relato fija su atención en ellos.

En ese sentido, uno de los aciertos principales de *Jezabel* es el ágil, habilidoso y no explícitamente señalado entrecruzamiento de tres secuencias accionales: a) los hechos en sí b) sus antecedentes, que nos comunican las andanzas del cuarteto desde bachillerato, y c) la investigación y su patético desenlace, realizados en 2022, casi contra la voluntad de Alain, por Salvador, un periodista y compañero de trabajo del protagonista en el diario *El Nacional*, que ha devenido su amante apenas tolerado.

Clave para el funcionamiento de esa máquina narrativa es la decisión de emplazar los hechos a fines de 2012, cuando ya se agudiza la crisis y decadencia del régimen chavista. Por su parte, la investigación se ubica diez años más tarde, en 2022. De esta manera, lo que era en principio una novela íntima que deviene policial, llega a ser también intensamente política, porque esa sabia organización del tiempo narrativo permite revelar la corrupción, los abusos y la peor deriva autoritaria y represiva cuando el “tiempo de los militares” tocaba a su fin. Se trata justamente del momento que seguimos viviendo a fines de abril de 2013, cuando imaginamos perfectamente posible (entre otros escandalosos eventos, hoy cotidianos), que por la mera conveniencia de los grupos que se han apropiado del poder y no quieren soltarlo, se falsifique, como en la novela, una autopsia para condenar a un inocente. La estructura temporal permite finalmente asumir, desde la distancia de una década, una mirada “desde el futuro”, capaz de distanciarse de ambos extremos de la polarización hoy dominante y lograr un cierto balance en la crítica radical de ambos polos. Una vez más se impone la visión del pesimista militante que en realidad salva a la novela de cualquier maniqueísmo o tentación proselitista.

En este período de estratégico distanciamiento, por otra parte, los cuatro protagonistas completan su paso de la adolescencia a la adultez y asumen en sus vidas respectivas, los diversos posibles destinos de esa generación frustrada y desencantada. El capullo que fue para ellos el poco convencional vínculo de cuerquita de “amigos con derecho” hacía tiempo se había roto. De manera declarada o sugerida, este policial elige revelar desde sus primerísimas páginas el destino de sus protagonistas, de manera que su interés reside en averiguar cómo fue que eso pudo llegar a pasar. Sabemos así de inmediato al comenzar a leer que la vida de Eliana será segada abruptamente, que Cacá se casa con un buen partido, integrándose a su manera al despreciado sistema, y que Lorena, por su parte, opta por migrar. El propio Alain se vuelve un ser triste, solitario, casi asocial, que arrastra una gris carrera de diseñador gráfico en la que las iniciativas más interesantes corresponden al programa *InDesign*. Para reforzar el carácter cíclico de la narración, tanto en las páginas iniciales como en las de cierre se reitera una imagen inquietante, no menos erótica que tanática y nunca resuelta que vincula sensorialmente el cañón de un arma con los labios y la lengua del protagonista.

Como ocurre con las mejores piezas de ficción, en especial con los cuentos logrados, el impulso del lector en quien resuenan aún las impresiones del

desenlace, es regresar al inicio y volver a leer. Esa segunda lectura, despojada ya de la curiosidad por saber cómo procede y concluye la acción, permite degustar la escritura, reconocer las estrategias del experto tramador de la historia y tal vez preguntarse también por su sentido final.

Al volver al comienzo, se encuentra justamente un epígrafe de Cioran que puede valorarse como magnífica clave de interpretación, aplicable no solo a los destinos individuales de los protagonistas, sino también –y de manera muy importante para la dirección de sentido de *Jezabel* como novela-- al no menos angustioso devenir de su país:

¡Lo que hace el tiempo con nosotros! ¡Nuestra identidad a lo largo de los años solo es garantía por el nombre! Habría que cambiarla cada cinco años. Resulta, en verdad, imposible creer que fuéramos quienes hemos llegado a ser.